

# Eva María Valiente Valente o un nuevo paradigma de los valores

.....  
**Luis Alberto Henríquez Lorenzo**  
 .....  
 Licenciado en Filología Hispánica.  
 .....

Eva María Valiente Valente<sup>1</sup> tiene treinta y cinco años, es profesora de Inglés en Enseñanzas Medias, ya funcionaria, por estricta y concurrida oposición, desde los veintiséis, y a la espera está de destino definitivo. Este apunte escrito quiere sobre todo ser una sucinta crónica, casi a modo de pinceladas, de una semana en la vida de Eva María.

Pues veamos. Dejemos a un lado las inevitables clases y la permanencia laboral en el centro de trabajo. Así, Eva María los lunes y los miércoles practica yoga, de 20,00 a 21,00 horas, en compañía de su mejor amiga, su amiga de siempre, a la cual recientemente ha descubierto que también *desea y ama*; los martes y jueves, se ejercita ella —o mejor, es ejercitada— con las técnicas esotérico-sanadoras del *reike*, que tan bien le sientan, que le han devuelto la ilusión por la vida, después de apenas haberla logrado con las sesiones de *autoayuda y crecimiento personal* que le recomendaron algunos de sus colegas; los viernes, aunque no siempre, es verdad, se da a una variante de la meditación trascendental a base de mirar fijamente hacia una pared perdida en un punto, o hacia un punto metido en una pared, tanto monta, monta tanto; los sábados, con alguna frecuencia y especialmente si hace buen tiempo, se enrosca la toalla al cuello y provista de crema protectora y de una pequeña sombrilla, su sombrilla de siempre, Eva María se va buscando el sol en su playa, nudista, habitual y preferida; finalmente los domingos, *dies Domini*, haga sol o llueva lo que toca casi siempre es salir a comer por ahí, que restaurantes haylos entre los que variadamente elegir. Pero cuando no toca restaurante, porque sí se debe cuidar el bolsillo, toca quedarse en casa sumergida —sumergida Eva María, no

la casa— en la lectura preferente de novelones tipo o formato Terenci Moix.

Eva María pasa olímpicamente de la Iglesia —suele defenderse ella argumentando que también la Iglesia pasa de ella y de gentes como ella, lo cual puede que sea verdad pero también puede que mentira: total, hay empate, tablas, ya está— y de todo lo que con esa funesta y anticuada institución se relaciona o relacione; incluida, claro está, la propuesta militante por un mundo más justo, igualitario, libre y fraterno, aunque tal propuesta venga de grupos que no se confiesan creyentes, lo mismo da, pues entre el Olimpo de sus adoraciones no figura ya la estima por el cristianismo, y, a decir verdad, tampoco supo muy bien nunca quién fue el arrebatado y enérgico Prometeo. Ella se estima mujer madura, de vuelta de todo o casi todo, escéptica, desconfiada: *tú me das, yo te doy*, pero sólo eso, mera transacción en una sociedad que es sólo ciudadanía, nunca fraternidad, ni siquiera *res-pública*. Porque ciertamente a lo más que podría ella misma llegar es a la fórmula difusa de un cristianismo sin dogmas, sin jerarquía, sin Iglesia... Es más, durante un tiempo le molaba cantidad esa muy juvenil y rebelde reivindicación: *Jesús sí, la Iglesia no*. También le gustaba lo suyo escuchar a los nuevos *gurús* espirituales<sup>2</sup> de la espiritualidad neocapitalista, por ejemplo a Fernando Sánchez Dragó.

Sólo que agua pasada no mueve molinos. Ahora está instalada, y es escéptica, que es el mejor estado espiritual si lo que quieres es ser feliz en este mundo nuestro vanidoso y complejo. Además, incluso la culpa de que ya ella no sea militante —si es que alguna vez lo fue, por qué no decirlo, añade el guionista de esta historia— también es de la Iglesia, la muy *infame*, volterianamente hablando. Pero ¿cuándo comenzó a perder la ilusión por acrecentar su fe católica y, consecuentemente, inició en ella el proce-

so parece que inexorable hacia la desilusión definitiva por esa cosa bella y apasionante que es la militancia, creyente o no, por la Justicia del Reino? Sin duda a los dieciséis años de edad, en plena adolescencia, luego de haber recibido el sacramento de la Confirmación. Ya entonces lo que menos le molaba de la estricta moral católica era todo lo referido al sexo y demás familia, qué cruz. Ella pensaba y reque-tepensaba, hasta casi devanarse los sesos: ¿por qué no a las relaciones pre-matrimoniales como vehículo para conocer mejor a la pareja que se tuviera o tuviese entonces?, ¿por qué no el divorcio cuando el amor ya hubiese desaparecido, para así quedar libre y poder rehacer la vida con otra persona?, ¿por qué no el sexo libre ejercitado como fuente de conocimiento, no precisamente filosófico, de la otra persona?, ¿por qué no a las relaciones homosexuales —tanto *gays* como *lésbicas*— si todos tenemos derecho a ser felices y a ser libres...?

Ahora bien, lo peor de todo es que esas dudas suyas en materia de moral sexual —dudas y turbaciones legítimas, interesantes, no excusables así como así— acabaron por apartarla, y muy pronto además, de la preocupación por la dimensión social de la fe, preocupación *sine qua non* desde la perspectiva del Evangelio. Esto fue lo peor, sí: de sus turbaciones y perplejidades, intensamente manifiestas en el albor de la adolescencia, pasó a la decepción, al desánimo —que la fue dejando poco a poco como sin *ánima*—, al escepticismo, a la desconfianza, finalmente a la deserción: se encerró en su burbuja, en su círculo exclusivo de amigos, en su torre de marfil como los poetas modernistas, fue poco a poco endureciendo su corazón, haciéndolo en el fondo rencoroso pero disfrazado de relativismo.

Estas referidas y otras muchas consideraciones porfiraron algún tiempo en su interior... Pero Eva María no supo —de esto al menos cree ella ser



algo consciente— encontrarles una respuesta satisfactoria; o mejor dicho, acabó por considerar que la moral que nos propone la Iglesia católica no tiene remedio, no tiene cura, es absurda, inhumana, imposible de ser vivida, represiva, anticuada y reaccionaria. Sólo que no tuvo ocasión de darse cuenta de que con su no comprensión de la moral personal propuesta por el cristianismo acabó desembocando en la no comprensión ni ejercitación de la propuesta de *amor al prójimo* que nos hace el Evangelio. Ella tan perspicaz y emotiva siempre, sí, tan lista, y no supo descubrir que ambos ámbitos de la moral están íntimamente relacionados. Una moral nos lleva a la otra. Por eso acabó Eva María cambiando el templo por las clases de reiki; la búsqueda del Reino de Dios, esto lo cambió por las clases de yoga; los sacramentos y la oración cristiana acabó cambiándolos por la medita-

ción trascendental, individualista y autosuficiente, más los métodos de autoayuda; la «estrecha» y «estricta» moral católica, con su antinatural y absurda propuesta invitatoria de la castidad celibataria vivida por el Reino de Dios, la cambió por cinco muchachos con los que, a cada uno su tiempo respectivo y su amor correspondiente sin sed de eternidad, convivió sin casamiento alguno, todo efímero, todo libre, pseudoácrata, y además el deslumbrante descubrimiento reciente que le susurra al oído, como estremeciéndola, que ella también puede amar *completamente* a una mujer, por qué no; la revelación contenida en las Escrituras y culminada en ese *icono* de Dios que es Jesucristo, la cambió por un cóctel sincrético en el que ha metido casi de todo, siempre y cuando el ingrediente añadido resulte más bien satisfactorio, placentero y no exija mucho sacrificio: ni pobreza ni humildad ni sacrificio, sí, tan reñidos con el hedonismo descarado que nos propone la cultura consumista actual. Ella es igualmente consciente de que las religiones si quieren tener algún futuro deben ayudar al ser humano simple y llanamente a encontrar la felicidad, *su* felicidad, para qué más quemes y rollos, para qué el complejo de culpa, por ejemplo —del que se liberó en su tiempo leyendo ensayos de Luis Racionero—, la cruz, la encarnación y todo eso. Además, se interroga ella, ¿no es verdad que todas las religiones o por lo menos las más importantes predicán lo mismo?, ¿por qué no se ponen de acuerdo sus responsables y se dejan de reuniones y de pleitos y forman por fin una sola, síntesis y gracia de todas?

Eso sí, Eva María Valiente Valente por fin es feliz, que es lo importante. Y su felicidad no es ni cara ni es barata, al fin y al cabo es la suya: subjetiva, autónoma, creada por ella, original porque no se parece a ningún credo establecido —y mucho menos al cris-

tianismo—, subjetiva, flexible, emotiva, sin dogmas ni certezas sólidas. Está convencida, más bien más, del éxito y de la conveniencia de su nuevo paradigma porque de vez en cuando lee y escucha —en formato libro o programa de televisión— a gurús espirituales de la reciclada espiritualidad neocapitalista actual. Como diría Fukuyama, Eva María ha llegado al mejor de los mundos posibles, al mejor de los mundos posibles para ella, aunque yo no termino de entender cómo no se da cuenta ella, tan progresista y tan lista, de que ese *final de la Historia* sigue ocasionando hambre, miseria, paro, analfabetismo, pandemias y esclavitud a las tres cuartas partes de la humanidad. Aunque, ah claro, se me olvidaba: mirando fijamente hacia un punto en la pared los viernes Eva María no está en disposición de descubrir a un Dios que es Trinidad y cuyos predilectos son los pobres.

Qué pena, de veras: por un estricto problema de satisfacción o insatisfacción de su sexualidad libre y duradera Eva María Valiente Valente hace tiempo que no pone su granito de arena, por pequeño que sea, para la construcción de un mundo más justo, igualitario, libre y fraterno.

#### Notas

1. Eva María Valiente Valente no existe. En realidad es el nombre genérico con el que quiero referirme a un montón de gente, de ambos sexos, *postmoderna* y bastante *desencantada* de algunos compromisos y valores, pero a su vez muy de buena gana *encantada* por ciertas nuevas formas de parareligiosidad alternativa y de nuevos valores y comportamientos que yo no dudaría en calificar como propios de la cultura neoliberal dominante. Ahora bien, cada uno de nosotros es también, más o menos, Eva María Valiente Valente, nadie está del todo libre de culpa y no ha de poder tirar la primera piedra.

2. Léase al respecto el muy interesante artículo del sacerdote Carlos Ruiz de Cascos, que lleva por título «Manual abreviado para acabar con la Iglesia Católica», aparecido en la revista *Id y evangelizad*, núm. 24, mayo-junio, 2001.